



**ANTÓNIO  
LOBO ANTUNES**

**Ayer no te vi en Babilonia**

Cuatro personajes tratan de reconstruir sus vidas en una interminable noche de insomnio. El gran novelista portugués António Lobo Antunes utiliza la noche y la vigilia como los territorios más propicios para recrear los recuerdos o para imaginar lo que pudo ser y no fue. Entre las doce de la noche y las cinco de la mañana, cuatro seres solitarios, en cuatro lugares distintos, luchan contra el insomnio y se enfrentan a sus frustraciones en una noche que parece no tener fin, un tiempo detenido que también es el de su propio país.

# **AYER NO TE VI EN BABILONIA**

António Lobo Antunes

# **MEDIANOCHE**

# 1

Llegaba siempre antes de que sonase la campanilla cuando iba a buscar a mi hija y salvo la madrina de la alumna ciega susurrando cumplidos en tono de disculpa sin que yo la entendiese

(de tan exagerada en su infelicidad daban ganas de gritar –Apártese de mí, no me moleste)

no había nadie en el portón, así que el patio de recreo estaba vacío a no ser por un árbol cuyo nombre nunca supe con las hojas demasiado pequeñas para el tronco y tal vez compuesto de varios árboles diferentes

(las manos de mi padre minúsculas al final de unos brazos enormes, tal vez compuesto de varios hombres diferentes)

el tobogán al que le faltaban tablas con el letrero No Usar y la puerta y las ventanas atrancadas, debido a la impresión de que no había nadie ahí dentro comprendí a la madrina de la alumna ciega, le dije sin palabras

–Usted no exagera, perdone

y como dejé de tener una hija cesé de respirar, no solo la puerta y las ventanas atrancadas, salas desiertas, polvo, el edificio del colegio al final abandonado y viejo, la madrina de la alumna ciega se acercó acarreando olores antiguos y en eso qué alivio la campanilla

(–Sensiblería mía, sí que exagera) sacudiendo las hojas del árbol (o los brazos de mi padre)

los dedos dejaron de atormentar la cremallera del bolso y el corazón se encogió en las costillas, los pulmones

gracias a Dios respiran, estoy aquí, cuántas veces al despertarme me sorprendía de que los muebles fuesen los mismos de la víspera y los recibía con desconfianza, no creía en ellos, por haber dormido era otra y no obstante los muebles me imponían los recuerdos de un cuerpo al que no quería volver, qué desilusión esta mesa camilla, esta silla, yo, susurrarle a la madrina de la alumna ciega lo que me susurraba a mí, pedir disculpas sin que me hagan caso y la puerta y las ventanas abiertas, la profesora en las escaleras, los primeros niños, padres

(no mi padre)

en el portón conmigo, no mi padre a quien no le sobraba tiempo –No te muevas que me pones de los nervios conversando con el secretario o hablando por teléfono en el escritorio del periódico lleno de cartas, fotos, ganaría mucho dinero, padre

(no lo creo)

no finja que no entiende lo que le digo

–Me pones nervioso tú

murió hace la tira de años, ya es más de medianoche (–Tardísimo, hija)

y no finja que no entiende lo que le digo, medianoche en esta casita del Pragal, dentro de poco sonidos húmedos de foca en el primer piso y la señora

–Me pones nerviosa tú

era a mi padre a quien yo ponía nervioso a pesar de estar callada (–Aún estás ahí, qué manía)

la señora mi nombre

–Ana Emilia

golpeando el colchón y los brotes del grosellero a lo largo del muro, la campanilla del colegio aceleraba el tiempo, las hojas del árbol salpicando sílabas muy deprisa

–Ana Emília

en la puerta la alumna ciega, mi hija, las mellizas y la pelirroja gorda a la que había que empujar en gimnasia, la mujer de la limpieza desatrancaba las ventanas y ni salas

desiertas ni polvo, ningún difunto bien estirado con corbata blanca observándome, solamente mapas, pupitres, restos de números con tiza, la frente de mi padre, la sábana de una cama sin hacer

–Vienes a pedirme dinero para tu madre, ¿no?

hurgaba en el bolsillo y se oían las llaves, desistía, el periódico dos o tres cuartuchos oscuros

(una botella en un rincón y entonces sí, creo que difuntos con corbata blanca)

esto en una travesía cerca de un convento, mujeres con el pelo teñido vestidas de domingo en sus islas de perfume español, mi hija encajaba la cabeza en mi barriga, la hacía girar una o dos veces sujetándole los hombros con miedo a que se soltase de mí y se lastimase en una arista, medianoche en el Pragal

(mi madre antes de fallecer

–No te necesito

incapaz de cerrar la boca, las rodillas trémulas)

en Australia y en Japón por la mañana y todas las madres vivas, los trastos adonde la lámpara no llegaba invisibles o sea manchas más densas, adivinaba el armario en el que durante la lluvia tintineaba la vajilla, si la alumna ciega estuviese conmigo habría de alarmarse midiendo el aire con las orejas

–¿Qué ha sido?

y pasado un instante la señora –Ana Emília

preguntando la hora, cómo se inquietan los enfermos con la hora, cómo los intriga, qué extraño

–¿Qué hora es?

esto segundo tras segundo, dudan, insisten –¿Seguro?

qué rayos significa la hora para ellos, seguirá existiendo el colegio, el árbol cuyo nombre nunca supe y la madrina vigilando la campanilla con sus susurros de disculpa

–Sigo a su lado, fíjese

subiendo del Pragal a Almada comenzaba a entreverse el Tajo en los espacios entre los edificios, estos comercios

de pobres, estas personas, si encontrase a mi madre en la calle seguro que se me cruzaría por delante

–¿Tu padre te ha dado al menos el dinero?

nunca he visto a una persona cortar con tal furia de dientes lo que restaba de coser un botón y ahí estaba Ana Emília pensando en esto al entregarle el comprimido a la señora que se deslizaba hacia el interior del sueño insistiendo

–Gardénia (¿una prima, ella misma?)

el comprimido le imponía una zona más profunda en la que un caballero de edad señalaba el globo terráqueo con la uña sucia –El mundo es grande, niña

y regresaba al ataúd para extenderse en él, el grosellerero iluminaba el muro y se anulaba enseguida, al iluminar el muro un ladrillo asomaba del revoque y se adivinaba el postigo del almacén en el que había una olla eléctrica averiada y cebollas germinadas, mi hija de vuelta a casa conmigo, dos pasos míos, tres pasos de ella, un perro husmeando recuerdos y mi hija tirándome de la falda

–El animal nos va a morder, madre  
hasta que los recuerdos

(de una escudilla con carne, de su ama silbándole, del cesto donde acurrucarse) condujesen al perro en dirección al parque donde tal vez la escudilla o el ama (–Me pones nerviosa tú)

lo animasen mientras que en mi caso, cuando llego del Pragal a Lisboa con el muro del grosellerero diluyéndose en mí, ninguna uña sucia señalándome nada, el globo terráqueo desviado de su eje y el mundo, pensándolo bien, no gran cosa, exiguo,

paredes y paredes, el biombo que me ocultaba la habitación, el mundo una esfera encogida desvaneciendo los colores de la cortina, de la pantalla, de los cojines del sofá y la muñeca de mi hija en la mesilla, encajé mi cabeza en su barriga e intenté una vuelta con miedo a que se sol-



tase de mí y se lastimase, los difuntos muy estirados con corbata blanca

–Cuidado

y es posible que lloviese porque un tintinear de vajilla que el armario cerrado atenuaba, mi marido impidiéndome girar agarrada a la muñeca

–¿Te imaginas lo que van a pensar de nosotros?

las flores del grosellero en mi pelo y en el cuello ocultándome a la alumna ciega, las mellizas y la pelirroja gorda que no atinaba con los escalones, yo apartando a mi marido

–Me pones nerviosa tú

con el manzano del patio en la cabeza, manzanitas insignificantes, verdes, y el banco caído, me acuerdo de los escarabajos junto al pozo a pesar de haberlo tapado con una chapa, al recordar los escarabajos sonidos húmedos de foca y la señora

–Ana Emília

la rebequita con los botones cambiados, una especie de sonrisa justificándose –No le diría que no a una infusión

de hierbaluisa, de tila, de las hierbas que rodeaban el manzano y no cortábamos nunca, le apetece una infusión de las hierbas junto a las cuales se ahorcó mi hija a los quince años, señora, le apetece asustarse con la muñeca en el suelo, la cara contra ninguna barriga que no dejaba de girar, un momento no a medianoche como hoy

(no sé cómo no me da vergüenza decir esto)

más temprano, encontré a mi marido probándose una falda mía y mis pendientes, igualito a las mujeres vestidas de domingo en la travesía, mi padre desde el escritorio

–Aún estás ahí, qué manía

conversando con el secretario o tapando el micrófono, un periódico de anuncios de bodas que los clientes mandaban por correo y mi padre leyéndole las cartas al secretario

–Qué tontos

mi madre en la parada del autobús cien metros más abajo que parecía tan acabada al acudir hacia mí mezclando sílabas por el cansancio

–¿Te ha dado al menos el dinero? mientras yo pensaba

Ninguno de los dos comprende quién soy, me desconocen

si el automóvil del hombre que prometió visitarme rodease la plazoleta hasta le agradecería las mentiras, mi marido me vio en el espejo y se quitó uno de los pendientes convencido de que se había quitado todo, la falda, el blusón, el collar, los frutos del manzano ya no verdes, grandes, un primo nuestro desató la cuerda que mi hija había robado del tendedero y su indignación gritaba, ayúdame a la señora con la taza y en el segundo intento de tragar un suspiro

–No puedo más

con el mismo susurro de disculpas que la madrina de la alumna ciega devolviéndome el portón del colegio y las ventanas atrancadas, yo aún creyendo frente al patio de recreo vacío y seguro que no hay colegio hoy día, una oficina, despachos, el árbol y el tobogán un basurero donde se dejan desperdicios y la mitad de una persiana golpeando, golpeando, a final de mes en la sala, si es que aquello puede llamarse sala

(un Buda en una réplica de altar)

la sobrina de la señora hacía las cuentas en el acto, mi madre aunque fallecida me robaba el sobre y comprobando su espesor –¿Te ha dado al menos el dinero?

lo guardaba bajo llave y la llave desaparecía en el delantal maldiciendo a mi padre mientras interrogaba sombras –Explíquenme cómo pude confiar en ese imbécil

la familia la seguía desde los marcos y su imagen de joven ya amarga, ya seria, nunca la visito en el cementerio así como nunca visito a mi hija, un lugar hirviente de huesos que buscan expresarse, la campanilla de la capilla más

grave que la del colegio, nombres que apenas se descifran y no pertenecen a nadie, la ilusión de que un día de estos haya una niña en el portón y nosotras brincando contentas, mi marido me extendió el pendiente en la palma, además de la muñeca el acuario sin peces ni agua con un alicate en el interior ya no en la entrada ni en la habitación, en la despensa, lo siento brillar en medio de las conservas y tal vez la sorpresa de un pez, el ojo fijo que me estudia, la cola que sacude y que es de él, en la época de mi hija plantas artificiales y un frasquito de comida que sabía a tiza, mi hija

–Sabe a tiza

la cantidad de episodios que me gustaría exponer  
–Aguantadme este rollo un ratito, tomad

intimidaciones que hasta hoy he ocultado, pedirle al hombre que prometió visitarme y no me visita

–Escucha

sentarme frente a él demasiado llena de palabras, comenzar barajándolo todo, cambiando frases, equivocándome y él casi conmovido, feliz, inventar que mi padre conmigo en brazos, el periódico importante en una calle importante, no una travesía de tendejones y mujeres vestidas de domingo en sus islas de perfume español, mi

padre con un traje como es debido en vez de la chaqueta cortísima, secretarios que lo respetaban, no uno, varios, una uña sucia

(no suya)

señalando el globo terráqueo –El mundo es grande, niña

con la convicción de que yo podría imaginar regiones infinitas en un pedazo de lata abollada en el Pacífico y la poblaría a mi gusto, negros con flechas, naufragios, conseguir un marido, una hija y un patio con un manzano, qué tonta, como si una rama de manzano aguantase sin romperse a una chica de quince años, un grosellero a lo largo del muro en el Pragal y una señora inválida en el primer pi-

so, la cantidad de episodios que a pesar de todo me enternecían y me gustaría que alguien, prestándome atención, conociese, la noche y los pavores que trae consigo el silencio menos difícil para mí, de pequeña viví cerca del cementerio y vi las fosforescencias que se alzaban de las lápidas, supongo que los difuntos entreverados con guijarros y raíces deseosos de resucitar, los que no llegué a conocer inspeccionando la casa y preguntándome acerca de la utilidad de los objetos, la cantidad de episodios que me gustaría contarle a alguien, que me tuviesen un poquito de consideración, de simpatía y en el fondo de mí una campanilla de colegio que no para, no para, sin que persona alguna la toque salvo el viento, me acerco y el badojo solo, mi abuela enterrando las crías de la gata que chillaban entre gemidos amontonándose, arrastrándose, protestando, comenzaba por coger a la gata en la despensa

(y el bicho furioso contra la puerta) después juntaba a las crías en una cesta (todo esto callada)

suspendiéndolas del pescuezo, del rabo, de una pata, cavaba el hoyo y vaciaba la cesta mientras la desesperación de la gata derribaba frascos, mi madre

(—¿Te ha dado el dinero al menos?)

se embozaba tras el delantal con sus cejas de muchacha angustiada —No me habitúo a esto

en una agitación de lágrimas sin lágrimas, mi abuelo a mi madre buscando cualquier cosa en los bolsillos sin encontrar nada o descubriendo una moneda, observándola un instante y arrojándola por la ventana él que no tiraba ni un clavo torcido

—No se puede contradecir a tu madre, disculpa  
mi madre

—Padre

y mi abuelo apartándose de nosotras con la nuez de Adán para abajo y para

arriba mientras mi abuela cubría a las crías, alisaba la tierra con las botas y cesaban los gemidos, la gata por fin

resignada en la despensa, esperando, horas según el reloj de la consola, cuatro o cinco, con el mecanismo que las obligaba a precipitarse que bien se advertía el esfuerzo de los muelles guiándolas hasta el bordecito y dejándolas caer, al caer la última mi abuela frotaba las suelas en el felpudo mirándonos desafiante o algo así

(y acaso buscando monedas en los bolsillos por detrás del desafío)

mientras que la gata husmeaba la tierra alisada, desaparecía entre las alubias y regresaba dos días después aflojándosele de disgusto las piernas, si hubiese heredado el reloj que vendieron con los trastos al vender la casa confirmaría que era medianoche, un reloj con un medallón de porcelana que representaba un coche, dos caballos

(uno castaño y otro pardusco, o sea uno castaño y uno blanco que la vida oscureció)

y un individuo con fusta teniendo las riendas, en el interior pesas y volantes que fabricaban las horas, redondeándolas, llevando hacia arriba esas gotas de sonido, quién habrá comprado la granja, quién sufrirá como antes yo los gemidos de las crías amontonándose, arrastrándose, protestando, quién se interroga inclinando la oreja

—¿Qué es esto?

la gata se quedó inspeccionando el hoyo agachada entre las dalias, hablar también de la gata antes de que el invierno comience y con él chopos negros, los racimos del grosellero en el suelo, sonidos húmedos de foca en el primer piso y la señora que perdió mi nombre tanteando ruinas del pasado, un grupo de parientes interrumpiendo la partida de cartas

—Gardénia

y un barquito a remos que se detenía entre junquillos y barro, intentó sujetarlo y se le escapó, lo llamó y no obedeció, se dio cuenta de que el barquito no estaba vacío, una niña de vestido lila sonriéndole

–No nos veremos nunca más  
y era ella misma diciéndose adiós, compases de música y un cura trinchando un pollo en la cabecera de la mesa, la señora dirigiéndose a la niña que había dejado de sonreírle, ocupada en ponerse flores en el sombrero

–Usted

mientras la hija me extendía el sueldo –Ya ni los nombres distingue

así como no distingue el tintinear de la vajilla en el armario y las mil crepitaciones de los barrotes, los insectos que a pesar del espliego

(siento su aroma a la distancia, bolsitas de espliego con lazos)

le roen las fundas y los manteles del arcón, las pilas de revistas (*La Femme Idéale, Maravilhas de Renda*<sup>[1]</sup>),

la rinconera con relieves labrados y el hombre que prometió visitarme en Évora con la mujer que sabía de boca de él confidencias que me pertenecen, son mías, secretos que me conmueven y hasta hoy he callado, misterios probablemente idénticos a los de todo el mundo, naderías de pacotilla, falsedades, mi hija a los quince años

(creo haber dicho quince años)

cogiendo la muñeca a la que no le hacía caso desde hacía siglos puesto que las pasiones se asoman y se pasan

–Llámeme cuando esté lista la cena que voy un momento al patio

de modo que ni siquiera la miré pensando en el mar de Póvoa de Varzim que tantas veces me vuelve a la memoria, el mar, la playa y el olor de las olas, la niebla de la mañana que casi me impide ver a mi abuela enterrando a las crías y la creciente que les ahoga el terror, siempre que un tema me preocupa ahí están el viento y la espuma salvándome, el viento en las rendijas de las ventanas y a pesar de que mi madre se irritaba por la arena en el suelo gracias, viento, no te imaginas lo que te debo, nuestra casa no en Póvoa de Varzim, sino en el interior adonde no

llegaban los gritos de las traineras a no ser en abril siempre que todo estuviera en silencio, la bomba del pozo, los luganos en el pomar, mi abuelo desplegaba redes para los pájaros y, aunque estrangulados, yo insistía en liberarlos, batía palmas frente a las alas muertas

–Desapareced  
impacientándome

–Fuera de mi vista ya

y buscando cualquier cosa en los bolsillos sin buscar nada, no observando la moneda ni arrojándola porque no tenía ni un clavo torcido de muestra, si acaso había un caramelo se lo daba a los luganos

–Si me prometéis que os vais os lo regalo

había momentos de mar muy sereno en agosto con una paz de nubes encima, basta el mar en agosto y el recuerdo del Casino y me emocio enseguida, las lágrimas que lloraría si estuviese allí, amigos, ganas de besar las piedras al reencontrarlas, sentirlas en la palma, acercármelas a la mejilla, llamé a mi hija en Lisboa mientras las olas iban y venían en Póvoa, probablemente una única ola repetida sin cesar, mi marido en el espejo con el pendiente suspendido, la papada floja del ganado con el hocico inerte pero los miembros rígidos, después de clavarles un rejón en la nuca helos ahí desplomándose de lado, la señora rozó al cura que trinchaba el pollo en la cabecera de la mesa pronunciando mi nombre

–Ana Emília

mariposas en el verano fuese en Póvoa de Varzim fuese en el Entroncamento donde también viví

(si tengo oportunidad escribiré acerca de los trenes, ocho años de mi vida bajo el signo de los trenes, soy de la época de las locomotoras a carbón, voces de almas del Purgatorio sufriendo en la caldera que imploraban socorro) fuese en Póvoa de Varzim fuese en el Entroncamento fuese aquí en Lisboa mariposas, una azul y dos blancas cuando llamé a mi hija para cenar